

## ASCENSIÓN DEL SEÑOR. CICLO “B”

### 1. Introducción

Recientemente se ha recuperado la reflexión de teología litúrgica que los Padres de la Iglesia hacían sobre la Ascensión de Cristo gracias a la presentación de Jean Corbon<sup>1</sup>. Como él dice, el Misterio de la Ascensión es la clave de comprensión del Misterio Pascual en su totalidad, con la Resurrección y Pentecostés como origen y culmen de ella.

Dice Corbon: *«Desgraciadamente, la Ascensión del Señor es muy poco conocida por la mayoría de los fieles. Esta ignorancia está íntimamente ligada a la del misterio de la Liturgia. Una lectura superficial de la parte final de los Evangelios Sinópticos y del primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles pueden dar la impresión de una partida. Entonces, para el lector no sensible al Espíritu, se ha pasado una página: comenzará a pensar en Jesús en pasado: lo que Él “dijo”, lo que Él “hizo”... Al continuar “buscando entre los muertos al que está vivo”, se ha cerrado por completo la tumba y cegado la Fuente (de la Liturgia vivificante), y se vuelve a la vida rutinaria, sea moral sea cultural, como los justos de la Antigua Alianza... Sin embargo, este momento de la Ascensión es un giro decisivo: sí, es el fin de algo de lo que no hay que huir, el final de una relación del todo externa con Jesús, pero, sobre todo, es la inauguración de una relación de Fe totalmente nueva, de un tiempo nuevo: la Liturgia de los últimos tiempos».*

Y lo primero que dificulta nuestra comprensión de la Ascensión del Señor es el simbolismo bíblico del “ascender”. Ascender no es irse, sino poder contemplar todas las cosas desde arriba, en su totalidad y, en ese sentido, poder abarcarlas, como el que sube al Monte Carmelo, y ve todo, abarca todo, penetra todo, está en todo. Por eso no hay ninguna contradicción entre la Ascensión del Señor y su afirmación: *Yo estaré con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo (Mt 28,20)*. Por supuesto que ahora estamos ante una realidad nueva, no una simple simbología, sino ante una realidad sacramental. Y ahora Cristo afirma que su Ascensión, como decía Corbon, hará su presencia nueva, de un modo totalmente nuevo, ya no externo y sujeto a la sensibilidad perecedera, sino a un modo de presencia y de percepción de Fe nueva y definitiva. Como dice el mismo autor en otro pasaje del cap. IV de su obra: “Hasta la Ascensión, Cristo caminaba junto a

---

<sup>1</sup> CORBON J. , *Liturgia Fontal*, Madrid 2009, c. IV.

Pedro. A partir de la Ascensión Cristo camina en Pedro”.

Es por este significado de la Ascensión, como presencia plena de Cristo, que en la tradición de la Iglesia quedó simbolizado con el Cristo Pantocrátor que, desde el ábside de las Iglesias, preside y encabeza la totalidad de la creación, de la historia. La figura de la Ascensión de Cristo, como la de María, es la de su reinado: Cristo Rey. De hecho la expresión “pantocrátor” es la que usa el Señor, antes de ascender, cuando dice al aparecerse en Galilea a los apóstoles: *Me ha sido dado todo poder (panto-krator) en el cielo y en la tierra* (Mt 28,18). Cristo, en su Ascensión, llena todas las cosas con su presencia.

## 2. El Introito: *Viri Galilaei*

Intr.  
7.



V I-ri Ga- li-laé- i, \* quid admi-rá- mi- ni aspi-  
ci-é-ntes in caé- lum? alle- lú- ia : quemádmodum vi-dí-  
stis é- um ascendéntem in caé- lum, i- ta vé- ni- et, alle-  
lú- ia, alle- lú- ia, alle- lú- ia. *Ps.* Omnes géntes  
pláudi- te máni- bus : \* ju- bi- lá- te Dé- o in vóce exsulta-  
ti- ó- nis. Gló- ri- a Pátri. E u o u a e.

Este Introito, que remite al relato de los *Hechos de los Apóstoles* sobre la Ascensión del Señor, despliega toda la riqueza que contiene el modo 7. Se trata del “modo angélico” y, en efecto, son los ángeles quienes hablan en este Introito. Y hablan a los “hombres de Galilea”. Gracias al recorrido musical que puede hacer este modo y a la agilidad con que puede moverse de los graves a los agudos, esta pieza describe un dinamismo de ascensión y descenso que hace muy gráfica la realidad que está cantando.

En este modo 7 la Fundamental es el SOL, donde está Cristo, como centro de toda la pieza y tal como lo pone en evidencia la cadencia de *ita veniet (así vendrá)*. El Cristo que viene se instala en el SOL. Por eso no debemos confundir en este modo lo que tiene como brillo, es decir su quinta en RE, su Dominante, con lo verdaderamente central que es su Fundamental, el SOL, donde está Cristo. Todo lo que está fuera del SOL, lejos de él, no es otra cosa que resonancia de su Presencia, y la riqueza de una melodía está en el modo en que sus distintas resonancias se relacionan y hacen presente esa nota Fundamental -y lo que en ella está- en los distintos ámbitos de la melodía y de su recorrido.

Teniendo en cuenta estos dos polos de la melodía, la estructura general es de dos frases que guardan un gran paralelo en sus estructuras como en su construcción, ornamentación y complejidad. Las dos frases tienen una simetría entre sus entonaciones y cadencias, mientras que en el centro de las dos frases encontramos un idéntico juego musical en torno al DO (DO-SI-DO).

La primera frase realiza una ascensión sonora muy expresiva: *Viri Galilaei*. Si bien Galilea es originariamente la tierra de los apóstoles, donde conocieron al Señor, ahora, vivida la Pascua, Galilea pasa a ser el lugar del encuentro con el Resucitado (así lo indica Él mismo), y donde lo verán ascender (en Mateo y Lucas). Es esa Galilea la que recibe esa construcción musical ascendente tan marcada y, a su vez, gradual. Y se detiene en la Dominante, en las alturas de la melodía, donde están los apóstoles, fijos y contemplando. Y desde allí los ángeles les dirigen una pregunta que se refiere al asombro con el que siguen contemplando hacia el cielo: *quid admiramini*. La melodía parece describir la actitud de los apóstoles mirando detenidamente, prolongándose en el DO. Este detenimiento de los apóstoles mirando el cielo contrasta con lo que sigue. En efecto, al decir: *aspicientes in caelum (mirando hacia el cielo)* la melodía toma un movimiento más ágil e, incluso, desciende para tomar un nuevo y más ágil empuje ascendente, cerrando musicalmente la pregunta: *qué miráis hacia el cielo? (in caelum?)*. Y esta primera frase termina con una reposada y marcada cadencia en torno al SOL, con el *Alleluia*. De este modo la primera frase reviste una gran solemnidad en su entonación y cadencia, mientras que en el centro contiene un movimiento muy ágil precisamente para referirse a la ascensión de las miradas de los apóstoles hacia el cielo (*in caelum*), a donde llega con una cadencia invertida hacia el agudo (*caelum*), lo que volverá a hacer en forma idéntica en la segunda frase, en la misma palabra, para

referirse otra vez al cielo.

La segunda frase, igual que la primera, reviste una simetría en su entonación y cadencia final. Sin embargo, a diferencia de la primera, es este caso se trata de una construcción más simple, sin grandes adornos y con una escala más acotada (LA-DO). Esta simplificación melódica le permite dar una mayor unidad a la melodía respecto de la primera. En efecto, gracias a esa simplificación puede expresar con una gran agilidad y simplicidad (lo que en la frase anterior sólo se daba en su centro) tanto la Ascensión (*ascendentem*) como el retorno (*ita veniet*) gracias a un juego muy acotado de notas que se repite tres veces (RE-DO-SI-DO-RE). De este modo la Ascensión del Señor recibe la forma musical de un movimiento continuo de ascensión y descenso en torno al RE-DO, donde estaban fijados los apóstoles.

De este modo esta segunda frase expresa esa vitalidad del misterio de la Ascensión: se trata de un continuo ascender y descender del Señor. Como veremos en el *Alleluia*, esa vitalidad es una revelación que hace la Ascensión y que estaba latente en el Antiguo Testamento: es la *Merkabá*, el carro de ángeles de fuego con el que Dios está siempre moviéndose y transmite esa vida a todo lo creado y que, ahora, se ha hecho visible en Cristo. Cristo es la verdadera *Merkabá*. Por eso, ante esta nueva revelación que trae la Ascensión, los ángeles reprochan a los apóstoles su “inmovilidad” que no se corresponde con esta vitalidad de Cristo y con sus palabras tan claras: *vayan a predicar a todas las naciones, bautizándolos...* Siguiendo una lógica muy humana, los apóstoles habían hecho esa majestuosa subida de la entonación de esta antifona y se habían quedado allí, mirando el cielo, pensando que Cristo, como Dios, allí quedaba, fijo para siempre. De ser así, como decía Corbon, todo lo anterior quedaría en el pasado. La Ascensión revela a los apóstoles otra realidad de Cristo: Cristo siempre estuvo moviéndose entre ellos y el Padre, tal como se los había dicho. Y lo seguirá haciendo así, tal como lo decía san Bernardo cuando hablaba de los “advientos “intermedios” del Señor, entre el primero y el último: es su venir cotidiano en ese movimiento perpetuo de Dios, movimiento que da vida a toda la actividad del cosmos.

Por eso, también, los discípulos perpetuaron aquellos momentos de su vida (los Evangelios) que ahora comprendieron que son mucho más que hechos pasados. Cada uno de ellos encierra el Misterio de su permanente adviento, que es siempre el mismo: encarnarse y realizar su Misterio pascual hasta la plena realización del designio de Padre. Venir del Padre y volver al Padre. Es lo

que los ángeles dicen y que nuestra antífona resalta: *ita veniet (del mismo modo vendrá)*. En su venida primera, en su vida con los apóstoles, que queda plasmada en los Evangelios, está contenido su permanente retorno, que siempre es del mismo modo y por eso se deja reconocer: "*Del mismo modo vendrá*". Dejaron de ser acontecimientos pasados, para ser revelación de su permanente retorno. Cada episodio narrado en los evangelios revela un signo sacramental de su continuo venir a los apóstoles y a la Iglesia.

Ante esa inmovilidad de los apóstoles, que están con los ojos clavados, admirados (con una gran carga musical que los inmoviliza), sólo mirando hacia el cielo, los ángeles les recuerdan que así volverá. Como decía Corbon, la impresión es que se fue y está oculto allá arriba. Ahora los ángeles les dicen con el mismo movimiento de la melodía: *Así como lo vieron ascender al cielo, así volverá (quemadmodum vidistis eum ascendentem in caelum, ita veniet)*. Todo ese movimiento recibe su confirmación con una cadencia descendente rotunda, que refuerza la afirmación: *así vendrá (ita veniet)*.

Todo este anuncio de los ángeles culmina con un triple *Alleluia* (que siempre simboliza a Cristo resucitado), que sintetiza musicalmente esta doble presencia de Cristo, con el Padre y con la Iglesia. El primer *Alleluia* realiza la ascensión y presencia de Cristo en los cielos, yéndose con toda agilidad a las alturas de la Dominante RE; luego el segundo *Alleluia* desciende a la Fundamental SOL (su retorno continuo) y se mueve en esa Presencia misteriosa del resucitado aquí; el tercer *Alleluia* concluye haciendo una síntesis de los dos movimientos en un solo: con la Ascensión de Cristo se unen cielo y tierra, como están en Él tanto su humanidad, que ahora está con el Padre, y su divinidad, que sigue presente entre nosotros todos los días, hasta el fin del mundo (cfr. Mt 28).

### 3. El Alleluia: Dominus in Sina

8. **A** L-LE- LÚ- IA. \* ∇.

Dó- minus in Si-na in san- cto, a-scén-  
dens in al- tum, captí- vam du-  
xit \* capti-vi-tá-  
tem.

Este *Alleluia* es una verdadera representación musical de la *Merkabáh*, del Carro de Fuego (con los ángeles de fuego) en el cual Dios se lleva a sus elegidos a las alturas. Lo hizo con Henoc, con Eliseo... Pero ahora es Cristo mismo el Carro de Fuego que, subiendo a las alturas ya no entrega, como Elías, su manto a Eliseo, sino que entrega su Espíritu como llamas de fuego a los Apóstoles y María.



Y para poder hacer esta presentación musical del Cristo ascendiendo en un carro de fuego la liturgia ha tomado el salmo 67, el salmo de la *Merkabáh*: *Se levanta Dios y se dispersan sus enemigos... los carros de Dios son miles y miles... Dios marcha del Sinaí al Santuario... subiste a la*

*cumbre llevando cautivos y diste tributo a los hombres.* Es este último texto el que san Pablo presenta para hablar de la Ascensión del Señor y la entrega de sus dones a la Iglesia (*Efesios 5*).

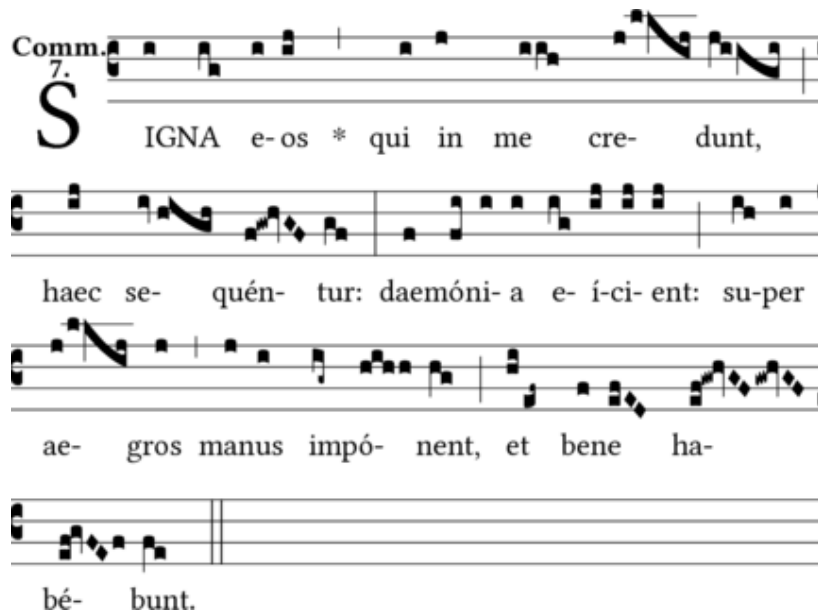
El *Alleluia* está construido musicalmente sobre el *Alleluia* de la Vigilia Pascual, en el modo 8 y con la misma terminación con el juego SOL-DO-LA-SOL. La unidad del júbilo pascual está fuertemente enraizada en la aclamación del Evangelio: *Alleluia*, es la voz que resuena ante el Trono, en el Apocalipsis. Sin embargo, gracias a esas semejanzas podemos ver también la gran diferencia. El *Alleluia* de la Vigilia Pascual es estático, y está totalmente centrado en el SOL, que no es otro que Cristo Resucitado, donde converge todo: tiempo, espacio, el hombre y Dios. Es Cristo, Alfa y Omega, Principio y Fin, Fuego y Luz. Esto es lo que representa esa gran melodía del *Alleluia* de la Vigilia, prototipo de todo *Alleluia*.

El *Alleluia* de la Ascensión es dinámico. Parte del SOL, que era el centro de todo, y sale hacia arriba, hacia la Dominante DO, llevando al Hijo del Hombre ante la Presencia del Padre, como nuevo Hijo de Dios. El *Alleluia* es Cristo Resucitado. Él es la alabanza a Yahvé que hoy sube al Padre. Y, en Pentecostés, se transforma en el *Alleluia* de la Iglesia que, desde la profundidad del modo 2 pide al Señor que envíe su Espíritu (*Emitte Spiritum tuum*).

La melodía del *Alleluia* arranca con el movimiento de ascensión de la Fundamental a la Dominante, y allí instala a Cristo, en el DO. El versículo, en cambio, parte desde la Dominante, donde está Cristo: *Dominus in Sina, in sancto* (el Señor está en el Sinaí, en el Santuario). Desde allí hace una subida más allá de la Dominante y comienza un trabajoso descenso (*in altum*), para volver otra vez al SOL, donde se encuentra otra vez con la humanidad. Y, desde allí la lleva consigo, con un rápido movimiento, a las alturas del DO (*captivam duxit captivitatem*). Se trata de una ascensión firme (*captivam*), pero ardua y extensa (*duxit*), que vuelve lentamente en la cadencia a su reposo en el FA. Desde que se lleva esa cautividad que estaba prisionera (*captivitatem*), y ahora la deja libre, en la libertad del “*iubilus*” que se extiende exultante, bajando y subiendo 5 veces entre la Fundamental y la Dominante, entre los hombres y Dios.

#### 4. La Comunión: *Signa eos*

Comm. 7.



SIGNA eos \* qui in me credunt,  
haec sequentur: daemónia eiciant: super  
aegros manus imponent, et bene ha-  
bent.

La Comunión nos coloca otra vez en el mundo angélico del modo 7. Quien habla es el Señor. A diferencia del Introito, la melodía comienza en el ámbito de la Dominante, en los agudos. Sin embargo el rasgo más característico de esta pieza es que, antes de hacer la cadencia natural hacia los graves, la melodía asciende dos veces en una cadencia invertida en los agudos, generando un efecto propio y característico de esta pieza. Antes de la cadencia del “*sequentur*”, como en “*imponent*”, en los dos casos la melodía estuvo precedida por dos cadencias en torno a la Dominante RE, lo que hace más fuerte y sonora la cadencia posterior en la Fundamental y le da también su sentido teológico musical.

En efecto, estamos ante otro rasgo característico de la Ascensión, que es la “bendición”. La bendición, como realidad divina que desciende, primeramente ascienda. Primero Cristo asciende en esas cadencias en el agudo, para luego descender en forma de bendición, como signos prodigiosos que la acompañan, y también como “manos que se imponen”. Esta es la forma musical de esta curiosa antifona de la comunión de la Ascensión. En efecto, en el relato de Mateo se dice explícitamente que en la Ascensión el Señor “bendice” a los apóstoles. En el relato de Marcos, al cual pertenece nuestra Comunión, esa bendición de Cristo se hace concreta en “los signos” que acompañarán a los que crean en Cristo. Esos signos si bien se dan aquí y a través de los discípulos, sin embargo son “signos-sacramentos” de la presencia de Cristo “todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28).



La estructura de esta antífona es de dos frases que tienen la misma estructura musical, haciendo paralelos sonoros entre “*signa*” (*los signos*) y la “*expulsión de demonios*” (*demonia eicient*): el signo por excelencia es la expulsión de los demonios, el oponente de Cristo; luego entre los “*que creen*” donde se va a las cumbre de la melodía, y “*los enfermos*”: la salud viene de la Fe en Cristo; y, finalmente, las dos cadencias que presentan los efectos de las sanaciones: *y se sanarán (et bene habebunt)*

Esta es la riqueza propia de esta antífona, que debe ser tenida en cuenta al momento de cantar: se trata, otra vez, de ese doble movimiento que significa la Ascensión de Cristo: no sólo está su movimiento hacia el cielo, sino también su retorno continuo en forma de bendición, que musicalmente recibe toda la carga de expresión en la cadencia mayor (*sequentur, imponent*). Esto se da, principalmente, en la final: *y estarán bien (et bene habebunt)*. Gracias a este final la melodía, con su largo camino descendente hacia el SOL lleva a “gustar” y “saborear” esa salud que viene por la bendición del Señor, por las obras de sus discípulos. Este “gustar” es el rasgo propio y característico de las antífonas de Comunión.